

XXIII Domingo de Tiempo Ordinario

- **Sab 9, 13-18.** ¿Quién se imaginará lo que el Señor quiere?
- **Sal 89.** R. Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación.
- **Flm 9b-10. 12-17.** Recóbralo, no como esclavo, sino como un hermano querido.
- **Lc 14, 25-33.** Aquel que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío.

1. ¿Qué dice la Palabra de Dios?

En ruta hacia la Ciudad Santa, Jesús invita a todos a seguirle, no solo en el camino geográfico, sino en ese camino existencial que es el discipulado. Y con palabras concisas nos expone cuáles son las exigencias del seguimiento: renunciar a todo y cargar con la cruz.

Seguir a Jesús es una opción en la que entran en juego nuestra libertad y nuestra voluntad: «si alguno **quiere** venir conmigo»... las cosas de Dios se proponen, nunca se imponen. A quien libre y voluntariamente decide seguir a Jesús, se le exige una respuesta radical, una nueva escala de valores y una opción definitiva por seguir a Jesús.

El Reino de Dios debe estar por encima —y a la vez llenar de contenido— la familia y los planes personales. Dios es el Absoluto, por encima de los afectos de la familia y de la propia vida. Jesús no pretende decir que la familia es algo que se opone al proyecto de Dios, al contrario. Él mismo nació y vivió en una familia humana. Si la familia es un estorbo o impedimento para seguirle totalmente, el discípulo debe optar por éste, dejando a un lado los valores, criterios, actitudes y obras de los más íntimos. Porque el proyecto de Dios requiere en ocasiones dejar a un lado los lazos familiares.

El único absoluto para el discípulo es Jesús. Esto no significa despreocupación por la familia. Significa que hay que valorarla y ubicarla a la luz del Evangelio de Jesús.

La exigencia de seguir a Jesús no termina en la familia. Jesús pide al discípulo más todavía: renunciar a sí mismo. Cuando nuestros planes no coinciden con los de Jesús somos infelices. Quien busca egoístamente centrarse en sí mismo y en lo que piensa que es su bien, no está en el camino de ser discípulo del Evangelio y cae en la frustración. Dicho de otro modo: «quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí, ése la salvará» (Lc 9, 24).

Por fin, Jesús asimila el seguimiento a la cruz: «el que no carga su cruz y viene detrás de mí, no puede ser discípulo mío». Cargar con la cruz no sólo supone aceptar los sufrimientos y contrariedades de la vida. Llevar la cruz significa unirse a los sentimientos del mismo Jesús en la “hora” de su pasión y muerte (cfr. Flp 2, 5-8).

Jesús aceptó la cruz que los hombres le pusimos encima, cargó con todos los pecados de la humanidad. Él no se doblegó. Se entregó por amor, y con su muerte y su entrega por amor nos salva a todos. Esta es la sabiduría de la cruz

que debemos aprender: no hay redención sin cruz. Así, la cruz para el creyente se convierte en sabiduría, fortaleza y salvación.

2. ¿Qué nos dice la Palabra de Dios?

- También a nosotros nos llama Jesús a ser discípulos suyos. Es un favor que Él generosamente nos hace. ¿Le agradecemos su llamada? ¿Respondemos con todo nuestro ser a esta vocación maravillosa?
- Sabemos que, siguiéndole, nuestra vida estará llena de sentido. ¿Cómo experimentamos la difícil sabiduría de la cruz?
- Que aprendamos de Jesús a llevar la cruz desde la entrega por amor para vivir el proyecto de salvación del Padre.

3. ¿Qué le respondemos al Señor?

Gracias, Señor,
por tu llamada a seguir a tu Hijo Jesús.

Me considero amado de Ti, Padre,
porque me elegiste desde tu gran Amor.

Pongo a tu disposición esta colaboración mía, pequeña
y humilde, a tu gran plan de salvación.

Quiero unirme con todo mi ser
a la entrega generosa de Jesús
para la salvación de los hermanos.